

GANARAS EL PAN

por MONTIEL BALLESTEROS
ILUSTRÓ JESS

MUY calmo. Muy entero. Muy hombre. Este gaucho tan bien plantado, tan sobrio y tan sereno, da la sensación arquetípica de la raza.

Sugiere también la idea de una fuerza de la naturaleza, pero al mismo tiempo su simplicidad fatalista y su respetuosa humildad nos revelan una laya de individuos que, como los fenómenos naturales, no alargan su rebeldía más allá del impulso obediente a una medida.



En esta mañana limpia y sonora, sobre la llanada inmensa —lámina amarillenta y polvorienta, apenas tiznada de azules de bosques artificiales y de colinas esfumadas— con unos mates amargos bebidos en el rancho de una china pobre, el gaucho ha estado peinando a su pingo en un trote y un galope alternados, rumbiando hacia su guarida lejana.

Viene de lejos, de tropear en la frontera del Brasil, pero no trae plata ni provisiones.

Ha pagado unos "piquitos". Se ha comprado unas botas y un "saco de agua", para que el invierno no lo agarre sin perros...

Cuando mucho cuenta con alguna cebadura de yerba y con un puñadito de sal, que se carga siempre "por amor das dudivas".

El caballo se le viene aplastando. Ha corrido mucho. Lo levantó de una invernada y está algo pesado.

Sabe que allá tras los horizontes, casi al caer al Tala Grande, hay una estancia criolla donde suelen dar posada.

Confía en ese oasis de hospitalidad en medio a los callejones, hostiles de porteras ásperas, de cadenas vigilantes y de candados herméticos.

Confía, más que por él, que está acostumbrado a echarle un nudo a las tripas para que no rezonguen, confía por su matungo que necesita un reposo, un baño, una sombrilla que lo reconforten.

El callejón se encoge como un cuero en el fuego y enfrenta la portera esperada y entra al campo en el que su cabalgadura va quebrando el pasto reseco y resoplando cual si quisiera espantar el vaho de horno que sube de la agrietada tierra ardiente.

Acogedor como un nido, entre la frescura verde de sauces, álamos y mimbres, blanquea el caserío de la estancia.

El gaucho se detiene, prudente, en la portera que da casi sobre el patio de la posesión y pronuncia, claro y preciso:

—¡Buenos días les dé Dios!

Ni los perros —quizá porque no existen en esa estancia modernizada— salen a recibirlo.

Ha de repetir el saludo para que, a las cansadas, aparezca un mozo en pijama, con sombrero de explorador y lentes negros que vocifera:

—¿Qué hay? ¿Qué se le ofrece?

Tan seca, tan cortante es la pregunta, que el recién llegado tartamudea:

—Mire yo, patrón, soy un andante...

—Ah, sí... siga entonces...

—...Y quisiera dar un descanso...

No puede continuar. Lo interrumpe el otro:

—¡No digo! Mire, aquí no es fonda, sabe? La estancia tiene por principio...

El gaucho lo contempla con cierta altiva tristeza y gira en redondo, no sin antes expresar:

—Muy bien, señor. Usted es dueño.

Y se aleja con la mayor naturalidad.

—En fin... com'uno no se lo ha ganau...

Tras un galope está el arroyo, el monte...

Por suerte allí no hay que pedirle permiso a nadie...



En el callejón se quemá el mediodía.

Balan las ovejas de una majada cercana; zumban los insectos; se lamenta una paloma oculta.

—¡Qué se ha de hacer!

No se comerá hoy tampoco.

Todo tiene dueño y le han dicho que hasta los bichos empiezan a ser respaldados por la policía.

No se puede blear un avestruz ni cazar un lobo

—¡Qué se ha de hacer!

Como no hay ley que proteja los gauchos, él no quiere tener cuestiones con la autoridad... Pero en ese mismo instante su caballo ha parado inopinadamente las orejas y su ojo aguzado percibe la sombra de un tatú que corre veloz entre los cardos secos.

El hambre se le ha subido a la cabeza a gritarle un imperativo mandato:

—¡Ahí está la comida, hermano!

Y, a pesar de sus años, el gaucho, pesado, lento, cargado con los arreos de su indumentaria, se ha agilizado milagrosamente. Descaburga de un salto, salva el alambrado sin tocarlo y ya va como una sombra.

(Continúa en la pág. 75)



Ganarás el Pan

(Continuación de la página 9).

bra curva sobre el desdentado que rueda, negra bolita vertiginosa.

✱

Es un torbellino.

Una polvareda blancuzca, estrellada de vilanos de cardo, gira en torno a la escena dinámica.

El ansia de conservación de la bestezuela la vuelve un resorte ágil.

La necesidad de comer en el hombre lo transforma en un instinto, en una cosa primordial, vibrante y fuerte.

El cabo argollado de su rebenque golpea sin piedad.

Suena a seco el caparazón de la mulita.

Al gaucho, que ha perdido el sombrero, se le ha revuelto la melena.

Se la alíña.

Se enjuga el sudor.

Cuando se agacha sobre su víctima, respira con dificultad, sofocado por el esfuerzo.

En la lucha había adquirido un gesto duro, casi feroz, que se le deshace en una sonrisa...

Ha ganado su pan...

Montiel BALLESTEROS.

No se comerá hoy tampoco.

Alrededor de una boda etc,

(Continuación de la página 8).

resabios de grosería ancestral, extinguidos de raíz felizmente hace muchos años) una mujer vieja corría riesgo de verse expuesta a vejaciones inexplicables, siquiera, para nuestra sensibilidad contemporánea.

En Julio de 1865 —y vaya este solo ejemplo— la prensa con repulsiva naturalidad, insertaba noticias de la cencerrada que se le había dado a una señora de 60 años que se casaba con un joven de 26. La burla duró desde las 8 hasta las 12 de la noche, escandalizándose la calle Santa Teresa con latas, campanillas, baldes y hasta un pistón, debiendo añadirse, para desborde de vergüenza, que la obsequiada había requerido en vano la intervención policial.

Unida en matrimonio, la hermosa Doña Adela desempeñó junto al veterano general un papel muy distinto de la buena criolla "su antecesora".

Caraballo, y sobre todo después de la muerte violenta de Flores, crecía a ojos vistas en volumen político-militar, llegando un momento en que hasta pareció perfilarse candidato a la Presidencia de la República.

Doña Adela, mujer de natural despejo, comenzó a contar como alguien en el consejo del general y en la rueda de partidarios más cercanos. Así lo acompañaba en sus giras por los departamentos, en sus andanzas revolucionarias de uno y otro lado del Río Uruguay, pasaba vista por las cartas de los amanuenses y le ganaba voluntades con su amabilidad simpática.

Tengo yo un retrato del que luego sería Presidente de la República, y entonces era nada más que Alcalde Ordinario, con una dedicatoria autógrafa que dice así:

"A mi distinguida comadre Sra. Doña Adela H. de Caraballo, Juan J. Borda. Mercedes 23 de Agosto de 1870".

No permitió el destino —y cabía descontarlo— que la nueva pareja durara mucho. Caraballo falleció repentinamente, víctima de la ruptura de una aneurisma, en su casa de la calle San José, el 24 de Julio de 1874.

Como había tomado parte en una reciente revolución de Entre Ríos, mandando con brioso empuje la caballería jordanista en las batallas adversas de Don Gonzalo y El Talita, estaba aradiado de los cuadros del ejército nacional y no recibió los honores militares de su antiguo grado.

"La Perla de Camaeú" le sobrevivió ampliamente, vieniendo a morir el 4 de Noviembre de 1914.

Los últimos tiempos lo pasó inválida por la amputación de una pierna, pero asimismo conservábase una hermosa anciana en plenitud de luz intelectual.

J. M. FERNANDEZ SALDAÑA



Los Hermanos
CESAR y PEPE

RATTI

y su Compañía
en la interpretación exclusiva de

"SILUETAS ANIMADAS"

de los

PERSONAJES QUE



HICIERON EPOCA



en su brillante carrera teatral

los lunes y viernes a las 20.45 horas

20.15 hora argentina por

CX16, RADIO CARVE

en cadena con

LS8, RADIO STENTOR

de Buenos Aires

Audición brindada por el Limpiametales

BRASSO